

Una adopción que terminó *en boda*

Esta historia podría estar sacada de un cuento de hadas. Sin embargo, todo lo que nos cuenta Juana Mary en estas páginas es absolutamente real. Esta asociada de Canarias nos narra en primera persona cómo, en su camino para traer a Andrey, su hijo adoptivo, su otro hijo, el biológico, encontró el amor. Juana Mary llegó a Rusia con un deseo: quería volver a ser madre. Y como ocurre con muchos de los procesos adoptivos, su recorrido no fue fácil. Muchos kilómetros de viaje, bajas temperaturas, horas de espera... Todo tenía una recompensa: Andrey. Lo que no se esperaba la familia de Juana Mary era que el hijo mayor, Arón, y la traductora de Adecop, Katia, se enamoraran durante la adopción del pequeño y acabaran formando una nueva familia. Esta es, por tanto, la historia de cómo Andrey hizo feliz a su hermano mayor aún sin conocerle.

REDACCIÓN DEL TEXTO: Juana Mary
CORRECCIÓN: Antonio López Valverde
FOTOGRAFÍA: Familia Juana Mary

Siempre me han gustado los niños, pero, por causas que aún desconozco, sólo tuve un hijo, Arón. Sin embargo, no me resistía a quedarme sólo con uno e intenté otros sistemas de reproducción asistida, pero ninguno de ellos pudieron ayudarme a conseguirlo. Un día decidí que las pruebas de laboratorio ya eran suficientes; había otro mundo por descubrir: la adopción. Una amiga de Lanzarote me informó de que en Las Palmas había una ECAI que tramitaba adopciones en Rusia y, sin dudarle, contactamos con Adecop. Allí nos informaron de todo, nos enviaron toda la información, y ahí comenzó la gran aventura ¿Por qué Rusia? ¿Y por qué no? Todo el mundo me decía que fuera a China, pero pensé que hay más niños en el mundo y Rusia también se merecía esa oportunidad. Mi marido y yo comenzamos nuestros trámites en marzo del año 2003, por supuesto, con todo lo que conlleva el papeleo y la burocracia. El desespero asedia continuamente y deseas que todo se acabe, pero la paciencia es la mayor virtud, la que hay que llevar de compañera en estos procesos y, sobre todo, contar con unos amigos y una gran familia como la que yo tengo.

La llegada del certificado de idoneidad supuso la primera alegría, ahora comenzaba mi “embarazo”. El siete de septiembre del 2004 sonó la llamada de Magali en la que me comunicaba que en dos días teníamos que estar en Vladivostok. Primero, localicé en el mapa esa ciudad y la sorpresa fue enorme. Cuando hablamos de Rusia pensamos en Moscú o San Petersburgo, pero no recordamos que es un país inmenso. Y resultó que Vladivostok estaba a 13.000 Kms., en la costa Pacífico.

Nos importó bien poco; una vez que estás en estos procesos, te embarcas en donde sea. Después de tres aviones, casi 20 horas de vuelos, más un cambio de horario de siete horas, el cansancio era patente en nuestros rostros. Al llegar a nuestro ansiado destino, nos esperaban la traductora y la representante de ADECOP, las dos se llamaban Katya. Preguntamos si nos habían asignado niño o niña y nos respondieron que era un niño. Su nombre era Andrey.

Una vez hechos los trámites oportunos nos fuimos al hotel. Al día siguiente, muy temprano, nos llevaron a conocer a nuestro hijo. Una vez allí, esperamos mi marido y yo en una sala. Siempre diré que fueron los minutos más largos de mi vida, minutos donde se entremezclaban sentimientos, emociones, expectativas...lo único que pedíamos era que el niño estuviera sano. La puerta se abrió y vimos a una cuidadora que acompañaba a un niño rubio, de ojos claros. Nos dijo “papá” y “mamá” señalando con su dedo.

quién ES quién

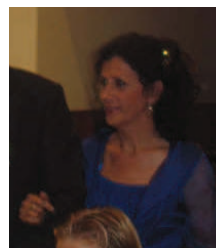
MAMÁ

Juana Mary

Mi vida en la actualidad es la vida de una mujer trabajadora, ama de casa y estudiante. Soy la responsable de una agencia de viajes que tiene su central en Gran Canaria.

Nos dedicamos al receptivo de turismo suizo. Desde que llegó Andrey trabajo a media jornada para poder dedicar las tardes a estar con él: una vez que regresa del colegio, nos dedicamos a hacer deberes

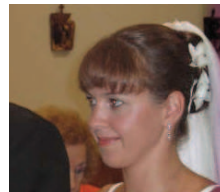
y, si hay tiempo, nos vamos un rato al parque. El día lo tengo bastante completo y, de noche, no dejo mis estudios de ruso: estoy en segundo curso y, aunque este año me he dormido un poco en los laureles, no dejo de dedicarle cada día un rato porque, en realidad, es algo que me relaja y me distrae. Se me dan bien los idiomas.



MI HERMANO Y SU MUJER

Arón y Katia

Después de la boda, la pareja feliz sigue siendo realmente dichosa. Arón sigue trabajando en el sector del turismo, en el ramo de hostelería, pero sin dejar de lado su afición a la escritura: en la actualidad está escribiendo su primera novela ya que desde pequeño siempre ha tenido una facilidad e imaginación increíble para escribir. Katia también trabaja en el mismo sector, en una agencia de viajes que ha sido la pionera en traer turismo ruso a Lanzarote. Como lingüista española que es no se le resiste ningún texto.



YO

Andrey

En la actualidad tengo 9 años y cumpliré 10 en septiembre. Estoy en cuarto curso y voy a un colegio bilingüe: he tenido y tengo muchas dificultades porque son muchas las horas de inglés y todavía, como quien dice, estoy aprendiendo palabras en español. No me ha sido fácil porque voy con desventaja al lado de mis compañeros que comenzaron el aprendizaje con 3 años y yo con 6

sólo hablaba ruso. Pero... tiempo al tiempo: lo importante es llegar y terminar, no importa el tiempo que tarde. Soy muy inteligente, lo pregunto todo, soy observador y un manitas: en casa no se me resiste ninguna avería. No me gusta mucho ver la televisión, sólo los dibujos, porque prefiero pasar el rato haciendo manualidades. Me gusta mucho y me entretiene un montón.



“Andrey era muy cariñoso a pesar de que en su corta vida no había recibido muchas muestras de cariño”

Ahí ya nos derrumbamos, rompimos a llorar de la emoción. Estuvimos un rato con él y cuando nos preguntaron si aceptábamos al niño como hijo, no dudamos en afirmar que sí. El niño era muy espabilado, sociable y parecía tener buena salud. Teníamos que despedirnos de él y eso era muy doloroso ya que no sabíamos cuándo regresaríamos de nuevo.

Coincidiendo con nuestro regreso a Lanzarote, hubo un cambio de Ministerio y eso hizo que tuviéramos que esperar seis meses para volver de nuevo. Regresamos, por segunda vez, en marzo. Las temperaturas no ayudaban, más para nosotros que venimos de islas: nevaba, llovía y hacía mucho frío. Pero eso era algo que no importaba. Ya teníamos la cita de nuevo en el orfanato. Esta vez volvíamos con nuestro hijo Arón y con nuestros amigos de Burgos, con los que habíamos viajado la primera vez y que también iban a buscar a su hija Paula. Para Arón la adopción constituía también una alegría muy grande porque, a pesar de la diferencia de edad, siempre había deseado tener otro hermano.

En la sala del orfanato, una vez que estaban la directora y la asistente social conjuntamente con nuestra traductora

Katía, avisaron a una cuidadora para que trajera a Andrey. De nuevo el nerviosismo se apoderó de nosotros cuando oímos los pasos que se acercaban. Allí, en la puerta, aquellos ojazos verdes miraban perplejos y cuando vio a su padre y hermano preguntó: “¿Voy a tener dos papás?” ¡Qué alegría tan desmesurada cuando los dos hermanos se dieron un beso! Andrey era muy cariñoso, a pesar de que en su corta vida -cinco años y medio- no había recibido muchas muestras de cariño, ya que desde los nueve meses de edad había estado en una casa cuna y posteriormente en el orfanato. Yo, de verdad, puedo decir que sentí la misma sensación que cuando nació mi primer hijo, sentí ese instinto maternal cuando lo abracé.

El día en que fuimos a recogerle, Andrey empezó a llorar. Quería despedirse de sus amigos, que, en realidad, eran la única familia que había tenido. Yo había comprado caramelos para los niños, se los di y la directora lo acompañó a despedirse de todos y darles las golosinas. Se me encoge el corazón al recordar las caritas de los mayores que nos miraban con ojos tristes y, a la vez, pensando cuándo les

ÁLBUM DE *fotos*

La boda de mi hermano

La boda de mi hermano Arón fue espectacular. Fue por el rito ortodoxo. Una ceremonia bastante amena donde los padrinos, mi madre y el padre de Katia, fueron parte importante, ya que ellos impusieron las alianzas a los novios. Fue todo muy participativo. Mi madre se atrevió a leer un texto que había preparado concienzudamente en ruso dedicado a los padres de Katia; ellos, que solo hablan su idioma, no dejaron de sonreír en ningún momento, a pesar de no entender nada de nada. Pero la felicidad que desprendía el rostro de Katia era suficiente para que sobran las palabras. Después de la ceremonia fuimos a un restaurante muy bonito a orillas del mar, donde, acompañados por la familia y amigos más íntimos, disfrutamos de una velada maravillosa. Se entregó a cada invitado, como regalo y recuerdo de boda, una pequeña matriuska dentro de una bolsa, traídas de Vladivostok. En el interior de cada una de ellas, los novios habían colocado un pequeñísimo pergamino donde incluían frases muy románticas elaboradas por ellos mismos: fue un detalle muy especial y algo único.



Se me encoge el corazón al recordar las caritas de los niños mayores que nos miraban con ojos tristes y, a la vez, pensaban cuándo les tocaría a ellos ”

tocaría a ellos. Esas caras no se me olvidarán nunca. Tenía ganas de traérmelos a todos, pero no era posible. La directora me entregó algunas fotos y algo que me emocionó mucho: una cruz ortodoxa que, quizá, le había dejado su madre antes de fallecer: me eché a llorar. Me parecía muy triste que sólo eso quedara de su pasado. Pensaba en la pena que sentiría su madre antes de morir viendo que dejaba cinco hijos en el mundo. Su padre lo dejó en la casa cuna y nunca más volvió.

Paralelamente a esta historia, ocurría otra también muy bonita: mi hijo Arón se había enamorado de la traductora, una chica muy dulce, educada y de gran corazón. Fue la prueba de que existen los flechazos. Aquí lo corroboro, porque cuando se vieron en el aeropuerto, pude ver cómo se miraron y supe que en vez de un hijo ruso, volvería a España con dos.

Katya era profesora de español en la Universidad de Vladivostok, enseñaba castellano a los rusos. Un día nos co-

mentó que su familia nos quería conocer. Ese fue el comienzo de una gran historia, su familia nos abrió sus puertas y nos brindó una maravillosa cena. Katya

traducía. Una de las cosas que dijo su madre fue que tenía el presentimiento que su hija se iría porque nunca la había visto tan feliz. Resultó ser una familia encantadora, muy bondadosa y que nos acogió con los brazos abiertos.

Ya han pasado tres años y la historia de amor siguió adelante. Arón y Katia siguieron viéndose una vez en Lanzarote, otra, en San Petersburgo. Andrey, mientras, aprendiendo muy rápido el idioma y adaptándose por completo. La sorpresa final es que Katia y Arón acaban de celebrar su matrimonio y ya es mi otra hija llegada de Vladivostok. Nunca se sabe dónde está el destino. Hoy me encuentro matriculada en la Escuela de Idiomas, aprendo ruso porque quiero comunicarme con esa otra familia que tengo en Rusia, esos padres que aman tanto a su hija que, a pesar de tenerla tan lejos, han sacrificado su amor de padres a cambio de su felicidad. Adecop nos dio dos alegrías, aunque perdió una gran traductora de esa maravillosa tierra llamada Vladivostok. ■

